Rafael Altamira y su visión americanista

Hebe Carmen Pelosi
Universidad Católica Argentina

Rafael Altamira, como lo define Marcel Bataillon, «pertenece antes que todo a la *historia de la cultura española*, fue sobre todo un gran profesor»[1], mantuvo a lo largo de su vida un interés, una inquietud, un acercamiento a la realidad americana que no conoció desfallecimiento, abandono, ni silencios. «El tema americanista es uno de los que ocuparon más tiempo en sus investigaciones, tras las repercusiones de su viaje americano y ya centrado en la labor de su cátedra, trata de definir, el sentido dominante de nuestra actuación colonizadora»[2].

La aproximación al continente americano del ilustre valenciano reconoce diversos niveles de análisis. Uno de ellos es el de la investigación, campo en el que fue pionero por sus investigaciones sobre el Derecho Indiano. Llegó a esta

1. Marcel Bataillon, «Pour le centenaire de la naissance de Rafael Altamira», *Bulletin Hispanique*, 68 (1966), p. 355, la cursiva corresponde al autor.
2. Rafael Asín Vergara, «Estudio preliminar», Rafael Altamira, *Historia de la civilización española*, Barcelona, Crítica, 1988, p. 24.

disciplina con una amplia formación humanista, sus investigaciones sobre las instituciones políticas y civiles de América constituyeron un trabajo innovador en métodos e ideas: fue el creador de la expresión «historia del derecho indiano». Más aún, fue el primero que puso atención en lo que el mismo llamó «derecho indiano criollo», es decir el creado por las autoridades locales en los territorios americanos. Resalta en su fondo documental la amplia y nutrida correspondencia que mantuvo con estudiosos americanos que le aportaban elementos que él articulaba, recreaba y sintetizaba.

Otra perspectiva de su acercamiento a América fue la obra que desarrollo en España. Su iniciación americanista comenzó muy pronto. Cuando contaba 26 años asistió al Congreso Pedagógico Ibero americano celebrado en 1892 en conmemoración del Descubrimiento de América y que calificó como «mi bautismo americano». Ese bautismo se formalizó en la creación de la *Revista de Crítica de Historia y literaturas españolas, portuguesas e hispanoamericanas*, que constituyó otro de los jalones de su acercamiento a Hispanoamérica.

En Altamira hispanismo y americanismo se implicaban, el análisis de uno de ellos nos conduce al otro. En este marco hay que colocar el proyecto de la creación de una Universidad Hispanoamericana enraizada en su ideal americanista. El objetivo era atraer a la juventud del continente americano que viajaba a Europa a completar sus estudios, aunque no obtuvo el eco que él esperaba. Miguel de Unamuno y Arturo Cardona la consideraban inviable, el primero la calificó de «fantástica y absurda» y el segundo de «ridícula». La enseñanza americana era laica y la española «dominada por la preocupación religiosa». El profesor ovetense aceptó esa apreciación aunque reafirmó su propuesta: «Los intelectuales libres de uno y otro mundo si quieren ponerse en contacto y colaborar en la obra común, tendrían que hacerlo sin contar con el Estado»[3].

Sin embargo el viaje a América lo hizo virar de enfoque y a su regreso propuso la fundación de un Colegio Mayor Hispanoamericano para el que sugirió que el Centro Docente que se instalase «fuese acompañado por una orientación americanista... mediante la cual se ampliase y difundiese por toda la península lo que en la capital de España hacen ya la cátedra de Historia de América y de las Instituciones Políticas y Civiles de América»[4].

Altamira también insistió en las relaciones de España con Hispanoamérica en el discurso que pronunció en la Universidad de Oviedo al inaugurar el curso

3. Rafael Altamira, «La Universidad hispanoamericana» y «La intolerancia española», *España*, 82 y 75 (1905), pp. 1-3 y 1-3. La idea de la universidad surgió en el banquete ofrecido por la Asociación Patriótica Española a Francisco Cobos, en ocasión de su regreso a España. Este se hizo el propagandista de la idea en su patria, ella no fue posible por falta de fondos y por no contar con personal docente especializado.
4. Rafael Altamira, «Lo que significa el Colegio Mayor Hispanoamericano», *La Nación*, 6 de julio de 1924.

de 1898, después de la pérdida por España de sus colonias, «Universidad y patriotismo» que es una reflexiva pieza hispanista. «España no es un pueblo aislado en el mundo, tiene descendencia en otros muchos pueblos, hijos de ella por la sangre y por la civilización en quienes alienta el mismo espíritu fundamental de la gente hispana». En su opinión, «debe haber una política de altos vuelos... que exige la aproximación entre España y las naciones surgidas de sus antiguas colonias y la afirmación rotunda de su común troncalidad étnico-cultural, revitalizar el espíritu de la comunidad hispánica permitiendo que se desplieguen en el mundo sus virtualidades culturales»[5].

El profesor alicantino tradujo los *Discursos a la nación alemana* de Fichte en los que el autor proponía medidas para una acción regenerativa. Frente al avance avasallador del imperialismo y el dominio de las razas germánica y sajona, había que presentar un amplio programa de reformas necesarias para una política pedagógica. La regeneración era posible, como lo había conseguido Alemania cuya situación en la época de Fichte era peor que la de España.

La pérdida de Cuba y Filipinas a manos de los norteamericanos estimuló un discurso que se venía formulando desde hacía tiempo: la superioridad de los anglosajones sobre los latinos. El concepto de latinidad tomo cuerpo en la Francia del II° Imperio. La expedición militar impulsada por Luís Napoleón III° a México originó una de las obras importantes sobre el tema en la que se desarrollo el concepto. Charles Calvo publicó *Recueil complet des Traités*[6], obra colosal de veinte volúmenes, que el autor ofreció al Emperador como «expresión sincera de la gratitud de todos los pueblos de raza latina». La expedición francesa fracasó, despertó indignación en el continente y el concepto cayó en el olvido.

Los gobiernos de la III[a] República Francesa lo reactualizaron después de la derrota de Sedán y se convirtió en operatorio como oposición al creciente germanismo triunfante. El concepto de «latinidad», en estas circunstancias, estaba vaciado del contenido religioso en razón de la emergencia del positivismo, ideología oficial de la república laica de Jules Ferry y del Imperio Brasileño, así como de las elites americanas volcadas al culto del progreso[7]. Adoptando esta nomenclatura y defendiéndola, «las elites de América que habían rechazado la

5. «Universidad y patriotismo», discurso pronunciado en la inauguración del curso académico de la Universidad de Oviedo, *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza,* 463 (1898) pp. 242 y ss.
6. Charles Calvo, *Recueil complet des traités, conventions, capitulations, armistices et autres actes diplomatiques de tous les Etats de l'Amérique latine compris entre le golfe de Mexique et le cap de Horn depuis l'année 1493 jusqu'à nos jours*, Paris, 1862-1864.
7. Hebe C. Pelosi, *Argentinos en Francia, franceses en Argentina. Una biografía colectiva*, Buenos Aires, Ciudad Argentina, 1999, p. 155-156, para el tema ver Lily Litvak, *España 1900. Modernismo, anarquismo y fin de siglo*, Barcelona, Anthropos, 1990, y Eva Valero Juan, *Rafael Altamira y la «reconquista espiritual» de América*, Alicante, Universidad de Alicante, 2003, cap. 1.

dominación política de España y Portugal, proclamaron así su originalidad frente al imperialismo yankee»[8].

La tesis de la decadencia de las naciones latinas, advierte José María Jover Zamora, la sostenían los países de la Europa meridional, originada por una conciencia de frustración que se relacionaba con su atraso en la industrialización y en las derrotas coloniales y militares: a la derrota de Sedán había que agregar «el ultimátum de Gran Bretaña a Portugal, la derrota italiana en Adua, la crisis anglo-francesa de Fachoda, que permitía hablar de "otros 98", quitando importancia al fracaso español»[9].

Esta línea de pensamiento estaba presente en España. En el grupo de Oviedo. Leopoldo Alas afirmó algo semejante en el «Estudio crítico» del *Ariel* en el que, en su opinión, Rodó se dirigía a la juventud americana «que llamamos latina, y la excita a dejar los caminos de Calibán, el utilitarismo, la sensualidad sin ideal, y seguir los de Ariel [...] de la espiritualidad que ama la inteligencia por ella misma, la belleza, la gracia y los puros misterios de lo infinito». Al mismo tiempo Alas critica a los Estados Unidos del Norte que «procuran atraer los americanos latinos, a todo el Sur con el señuelo del panamericanismo; se pretende que olviden lo que tienen de latinos, de españoles, mejor, para englobarlos en la civilización yanqui; se les quiere inocular el utilitarismo anglo-americano»[10].

Altamira participó de esta polémica con un artículo en la revista *España* titulado «El problema latino» en el que se quejaba del desplazamiento del elemento latino en la vida internacional frente a la creciente utilidad de los germanos o sajones. El concepto de civilización estaba alterado, la decadencia de España era trasladada a las naciones de Hispanoamérica, éstas eran arrojadas «al montón de los inservibles de la historia». El historiador español aceptaba la superioridad anglosajona pero no la consideraba absoluta, matizaba el problema y entendía que había que distinguir aspectos y órdenes de la civilización, es decir «no es total, sino parcial». El factor latino y el germano eran necesarios, hay superioridades en los anglosajones para «imitar y cuyos frutos nos son bien conocidos. En cuanto a ellas el dilema no tiene vuelta de hoja: o nos apresuramos a traerlas a nuestro acerbo propio, o seremos sus víctimas»[11].

Este clima espiritual potenció en España y en América el reencuentro de las raíces españolas en Hispanoamérica y el surgimiento en la península de iniciati-

8. Guy Martinière, *Aspects de la cooperation franco-brésilienne. Transplantation culturelle et stratégie de la modernité*, Grenoble, Presses universitaires de Grenoble, 1982 y del mismo autor «La "latinité" de l'Amérique», *Le Monde Diplomatique*, juillet 1982, p. 36.
9. José María Jover Zamora, «Introducción», *La España de Alfonso XIII. El estado y la política (1902-1931) Historia de España Menéndez Pidal*, T. XXXVIII, Vol. I, Madrid, Espasa Calpe, 1995, p. LX y ss.
10. José Enrique Rodó, *Ariel*, «Estudio crítico» de Leopoldo Alas, Valencia, Prometeo, s/d, pp. 12, 17-18.
11. R. Altamira, «El problema latino», *España*, 58 (1904), pp.1-3.

vas e intereses por los países allende el Atlántico. El carácter fundante de la relación se encontraba en la lengua, en el ideal educativo institucionista profesado por el grupo de Oviedo que enlazaba con el programa de formación de minorías y la búsqueda identitaria de los países americanos. El americanismo de Altamira cristalizó corrientes que surgían y confluían como resultado de inquietudes, evoluciones que se habían ido preparando desde fines del siglo anterior.

El objetivo de España no era convertirse en potencia «imperialista» (Altamira emplea este término), la reconstrucción era interna, formar «hombres nuevos», en clara asociación con su ideal krausoinstitucionista.

Altamira analizó la influencia francesa, alemana, italiana y norteamericana en el continente sur y en el capítulo «Lo que debe hacer y lo que ha hecho España» exponía las razones que habrían de conducir al restablecimiento de la hermandad. «La boga alcanzada en nuestra juventud por Rubén Darío y por otros escritores de América, ha creado lazos nuevos entre ambas literaturas, interpolando elementos de una y otra, creando corrientes de recíproca influencia, y a la postre uniéndolas más y más y asegurando la penetración de la nuestra»[12].

La afinidad entre Rodó y Altamira se planteó en los términos defendidos por ambos americanistas: el diálogo cultural entre los países de lengua española, la regeneración de los valores del espíritu y del idealismo, la necesidad de una política pedagógica orientada a la reivindicación de la cultura, la defensa de los valores de la democracia, el antimilitarismo y el pacifismo así como el rechazo a las dictaduras.

En el «Prólogo» que Altamira escribe para el *Ariel* de Rodó dio cuenta de la «comunidad de ideas que existía entre ambos», sobre la que se erigía un vínculo intelectual basado en los valores elevados de la «raza hispana». El autor del «Prólogo» coincidía con Rodó en el llamado a la juventud para que ésta se convirtiera en protagonista de una cruzada e interpretaba que el autor «toca cuestiones referentes a lo más hondo y característico de nuestra representación intelectual en la historia... el legado valioso que España dio a las naciones de América». La obra tenía relevancia no sólo para la juventud del continente hispanoamericano sino también para la española, «a la juventud española importa tanto como a la de América, leer y meditar este libro»[13]. En el Río de la Plata la hispanofilia se renovó a través de Rodó y Darío quienes otorgaban a la antigua metrópoli un papel renovador en la dicotomía que enfrentaba lo anglosajón a lo latino.

En la coyuntura de fines del siglo XIX, una nueva clase de intelectuales profesaba preocupaciones nacionales y deseaba que España se incorporase a la

12. R. Altamira, *España en América*, Valencia, F. Sempere y Cia., 1908.
13. José Enrique Rodó. *Ariel. Liberalismo y jacobinismo*, «Prólogo» de Rafael Altamira, Barcelona, 3° edición, 1926, pp. 5-11.

transformación liberal y burguesa de la sociedad contemporánea, asociada a la industrialización. El «problema de España» consistía para muchos en su atraso a la falta del uso de técnicas científicas en la vida social y económica[14]. El *regeneracionismo*, difícil de definir por su utilización ambigua, fue «un programa de soluciones en lenguaje pragmático y cientificista y con carácter de neutralidad política, soluciones concretas a problemas concretos, casi todas de carácter económico y educativo»[15].

Altamira vinculó regeneracionismo y americanismo, se imponía la reivindicación y restauración de la influencia española en las repúblicas hispanoamericanas y la revalorización de la obra realizada en el continente americano por España. Ejemplo de ello es el «Prólogo» que Altamira escribió en la obra de Carlos F. Lummis, *Los exploradores españoles del siglo XVI*[16], en el que recomendaba «discernir bien lo que en ellos [los hechos] hubo de realmente censurable y la parte de responsabilidad que en cada uno cupo al individuo y al país de que éste era ciudadano», es decir reaccionar contra las generalizaciones precipitadas, de acuerdo a la enseñanza de su maestro Hinojosa: «evitar las generalizaciones sin fundamento».

La reivindicación de «nuestros conquistadores» tenía un efecto notable «de beneficio moral y es el de rehacer nuestra propia opinión acerca de nuestros soldados [...] de esas cualidades que profesionalmente son una excelencia y un timbre de gloria»[17].

El profesor alicantino participaba de todos los tópicos propios del regeneracionismo del viraje de fines del siglo XIX al XX que «va a recibir un impulso nacionalista [después del «desastre» del 98] desde el cual se potencia el «espíritu nacional» como un "valor moral"»[18]. En esos tópicos tenían cabida las cualidades esenciales del alma española, la reforma de la enseñanza, la difusión de la instrucción, la campaña enérgica a favor de la educación popular. Estos postulados dieron forma a su obra historiográfica. Más aún, Altamira señaló la existencia en la historia española «de pruebas fecundas de nuestra capacidad en la mayoría de las ramas de la actividad intelectual... los pesimistas se apoyaban sobre la nega-

14. Francisco Villacorta Baños, *Burguesía y cultura. Los intelectuales españoles en la sociedad liberal 1808-1931*, Madrid, Siglo XXI, 1980, cap. 4.
15. Inman Fox, *La invención de España. Nacionalismo liberal e identidad nacional*, Madrid, Cátedra, 1997, p. 57.
16. Carlos F. Lummis, *Los exploradores españoles del siglo XVI. Vindicación de la acción colonizadora española en América*, «Prólogo» de Rafael Altamira, Buenos Aires, Espasa Calpe, 3ª ed., 1952.
17. *Ibid.*, p. 21, 23 .
18. José Luís Abellán, «Rafael Altamira y el americanismo: un eslabón de la revolución modernista», *Rafael Altamira: historia, literatura y derecho*, E. Rubio Cremades y Eva Valero Juan (eds.), *Rafael Altamira: historia, literatura y derecho, Actas del Congreso Internacional celebrado en la Universidad de Alicante, del 10 al 13 de diciembre de 2002*, Alicante, Universidad de Alicante, 2004, p. 18.

ción en el pasado y en el presente había que probar que esos juicios carecían de base científica»[19].

Altamira conocía que en el viaje que iba a emprender a América encontraría aliados y quienes deseaban desterrar la herencia española. Entre los que adoptaban una posición algo más matizada se encontraba el argentino Carlos Octavio Bunge a quien el profesor alicantino prologó su libro *Nuestra América*[20] en 1903, Prólogo que no figura en las ediciones posteriores. En esta obra Bunge analizaba la psicología americana de la que formaban parte «los vaivenes de la herencia psicológica hispanoamericana». El autor interpretaba que entre las causas de la decadencia española el aspecto vertebral era «la arrogancia española»[21]. Quizás convenga aclarar que Bunge no se declaraba antihispano, pero al mismo tiempo no participaba de quienes sentían gran admiración por la decadente España.

¿Que argumentos usaba Altamira para refutar estos juicios? El profesor ovetense contaba en su haber con la obra *Psicología del pueblo español*[22], «libro que responde mal a su título pero que permanece como el aporte de Altamira a la gran introspección histórica colectiva de la *intelligentsia* española de entonces»[23], por ello reconocía la carencia de información para poder evaluar adecuadamente los problemas de herencia social. Se encontraba en «mantillas la ciencia respecto de estos asuntos de origen». Si bien es cierto que el elemento antropológico era esencial en estos temas, era importante evitar las ideologías. La psicología humana, es decir «la determinación lisa y llana de las cualidades del espíritu colectivo, abstracción hecha de toda hipótesis genética» no siempre permitía inferir las notas comunes de un pueblo.

Altamira aceptaba la decadencia española, «nuestra actual decadencia indiscutible [...] particularmente en las clases dirigentes», al mismo tiempo que hacía notar algunos aspectos en que España influyó en el progreso del continente americano. El aspecto que refutó con mayor energía fue el de la leyenda negra: «Todavía no podemos científicamente formular la psicología de nuestro pueblo ni por lo que toca a su fisonomía particular en cada período histórico y en cada elemento de los que han contribuido a formar nuestra nación, ni mucho menos por lo que se refiere a las notas fundamentales expresadas hasta ahora».

19. R. Altamira, «La psychologie du peuple espagnol», *Revue sudamericaine*, 1, (1914). Esta revista fue fundada por Leopoldo Lugones en París, destinada al público europeo y argentino, en ese entonces el director era defensor del panamericanismo, quizás haya sido esta la causa por la cual lo invitó a Altamira a colaborar.
20. Carlos Octavio Bunge, *Nuestra América*, Barcelona, Imprenta de Henrich y cia, 1903, «Prólogo» de Rafael Altamira, pp. V-XXIII.
21. Ramón y Cajal en su discurso a la Real Academia de Ciencias en 1907, refutó este argumento.
22. Rafael Altamira, *Psicología del pueblo español*, Barcelona, Imprenta de Heinrich y Cía, 1902.
23. M. Bataillon, *op.cit.*, p. 356.

Recurría a un argumento histórico: mientras no se contase con el material necesario sometido a crítica era temerario llegar a conclusiones. Más aún, era difícil para alguien foráneo emitir juicios sobre la psicología colectiva de un pueblo, aunque cuente con una raíz hispánica. Encontraba Altamira que tanto españoles como argentinos buscaban en la europeización –tema esgrimido por los krausistas– el progreso y la regeneración. «Ellos y nosotros necesitamos europeizarnos, sí, pero no nos engañemos respecto de lo que es Europa, respecto de lo que es el mundo civilizado. No lo tomemos en bloque, sin selección, por que corremos el peligro de añadir a nuestro vicios otros que no tenemos o que han ido debilitándose en nuestras costumbres».

Altamira coincidía con la tesis de que la política internacional de las potencias europeas justificaba la violencia. El argentino debía mirar más hacia adentro, algo semejante sostendrá refiriéndose a la investigación histórica de la que debíamos ocuparnos. «Todo redentor que no sea de vosotros mismos os costará caro».

El profesor alicantino se comunicó con sus lectores argentinos a través de los artículos publicados en la revista *España*[24]. En ellos propuso, en primer lugar, estudiar «los problemas palpitantes hispanoamericanos», es decir los relativos a las relaciones intelectuales y económicas de la Península con las naciones hispanoamericanas de «tronco español». En segundo lugar, ayudar a que las colonias de emigrantes colaboraran en la obra de la «regeneración patria» dando a conocer «la España actual para deshacer las prevenciones que contra ella se tienen y disipar ignorancias». Por último «excitar el celo de los españoles de allá a favor de una colaboración activa en la resolución de nuestras más urgentes y graves cuestiones nacionales y en la corrección de defectos que padece nuestra cultura, nuestra política, nuestra vida económica»[25].

Asturias era tierra de emigración hacia América, como expresaba Posada: «El hispanoamericanismo en Asturias es planta espontánea de la tierra surge vigoroso allí como un sentimiento íntimo: ¡América! ¡América!»

En los artículos publicados en *España*, Altamira era uno de los críticos más avanzados en la evaluación de la decadencia y regeneración española, desde una óptica krausista. En «Fuerzas progresivas» analizaba los adelantos que se iban produciendo en su patria que generaban un cambio profundo porque «las ideas van abriéndose camino»[26].

24. *España* era una revista órgano de la Asociación Patriótica Española fundada por Enrique Méndez Calzada en 1890 y luego dirigida por Antonio Atienza y Medrano en 1903 con el objetivo de «proclamar el espíritu de íntima concordia entre los españoles».
25. R. Altamira, *España en América*, Valencia, F. Sempere y Cia., 1908, p. VI, en el libro figuran 37 artículos y Altamira publicó 75 en la revista.
26. R. Altamira, «Las fuerzas progresivas», *España*, 50 (1904), pp. 1-3.

El americanismo de Rafael Altamira en su visita a la Argentina: un caso testigo

El viaje que Altamira realizó en 1909 a varios países del continente americano es otro de los niveles, no el menos importante, de acercamiento a la visualización del tema americanista. El periplo le permitió tomar contacto con las realidades que hasta ese momento sólo conocía por sus lecturas y contactos con diversos campos de saber del continente. La elección que recae en Altamira como representante de la universidad de Oviedo para dictar un curso en la Universidad de La Plata solicitado por Joaquín V. González, fue un momento culminante de su vocación americanista que cobró significado en el encuentro con las realidades americanas.

La relevancia que adquirió este viaje se debió a que por un lado, reactivó la comunicación hispana con la sociedad hispanoamericana, y por otro, significó un estímulo importante para el surgimiento en España de instituciones culturales que propiciaban el interés por los estudios americanistas en la España de principios del siglo XX. Entre ellas hay que señalar la participación de Altamira en el Centro de Estudios Históricos creado en 1910 por la Junta de Ampliación de Estudios, que implementó tras su viaje a América, el intercambio de profesores, publicaciones y la formación de especialistas en el tema.

Hay que destacar la convergencia en la estadía de Altamira, en la Argentina, de dos corrientes. Por un lado, en España, la derrota del 98 planteó una serie de interrogantes sobre el futuro de España y su relación con el continente americano. La reactivación de las relaciones de España con las naciones americanas podía ser un remedio a la decadencia española[27]. Por otro lado Altamira se convirtió en portavoz de la acción civilizadora de España en América, era el abogado defensor del pasado de la nación con el objeto de recuperar la confianza en el genio nacional. Predicó a sus compatriotas que el conocimiento de la historia hispánica debía ganarse en España y también en América.

En la Argentina el »gobernar es poblar» de Juan Bautista Alberdi se convirtió en el «aluvión inmigratorio» y, planteó problemas sobre la identidad argentina. La inmigración española era la segunda en número, influyó en la reconstrucción de los vínculos intelectuales hispano argentinos, aunque la renovación de esos vínculos no fueron sólo resultado del número. Hay que hacer honor a la labor de sus élites que estimularon la integración de los inmigrantes con el país de recepción –lengua, costumbres, asociacionismo- y la revaloración de la cultura de

27. «Clarín se interrogaba acerca de las razones por las que "hemos venido a menos"», «Lo que dice Clarín», *El Noroeste*, Gijón, 20 de octubre de 1898, citado por Jorge Uría, «La Universidad de Oviedo en el 98. Nacionalismo y regeneracionismo en la crisis finisecular española», en Jorge Uría Gonzalez (ed.), *Asturias y Cuba en torno al 98. Sociedad, economía, política y cultura en la crisis de entresiglos*, Barcelona, Labor, 1994, p. 170.

la madre patria de donde procedían. Ello favoreció el desarrollo de un «circulo cultural» español que contribuyó, por sus profesionales y científicos, a cambiar la imagen esteriotipada de una España atrasada[28].

La numerosa colonia hispana en la Argentina atrajo el interés de políticos, intelectuales, empresarios argentinos que comprendieron la importancia de reactualizar los vínculos con la madre patria. No establecieron vínculos intelectuales, pero crearon una atmósfera para la recepción de esas relaciones. El idioma fue una vez más el elemento que otorgaba carácter fundante a la relación y contribuía a la consolidación de una nacionalidad y la participación en ella de algunos sectores de la elite dirigente que estimulaban ese curso de acción.

Acercándonos al Centenario (1910) estas concepciones habían arraigado en algunos intelectuales, Manuel Gálvez, Ricardo Rojas, José María Ramos Mejía. Este último desde la presidencia del Consejo Nacional de Educación impulsó un programa de educación patriótica como un medio para asimilar al inmigrante y ayudar a construir una nacionalidad. España adquirió el rango de raíz, que anteriormente ostentaba Francia en el campo cultural. Por razones distintas, España y Argentina revelaban un acercamiento.

Altamira ya había diseñado el plan que había que implementar con respecto a la relación con América. En el Congreso Económico y Social Hispanoamericano de 1900 presentó una ponencia en la que proponía un vasto plan de medidas de carácter educativo, intelectual y propagandístico con el objeto de crear una amplia corriente de simpatía que sobrepasase el nivel de las minorías dirigentes y alcanzase a otras capas de la sociedad. Estas medidas podían contribuir a la «modernización» de España; en su pensamiento americanismo y regeneracionismo marchaban de la mano[29].

El profesor español no era un ignoto en la Argentina, sus libros eran conocidos, especialmente la *Historia de la civilización española*, sus trabajos históricos y didácticos habían tenido amplia difusión así como su acción en la obra de Extensión universitaria, en la universidad de Oviedo, vanguardia de la renovación académica en España.

En el ámbito de los intelectuales argentinos las figuras de Giner de los Ríos, Manuel Cossio, Adolfo Buylla eran conocidas por sus obras, existían puntos de contacto con el krausismo español que contaba con adherentes en la Argentina [30]. Algunas de las personalidades más relevantes de la universidad

28. H. Biagini, *Intelectuales y políticos españoles a comienzos de la inmigración masiva*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1995, p. 9.
29. Julio Antonio Vaquero Iglesias, «El americanismo de Rafael Altamira y el programa americanista de la universidad de Oviedo», *VI Encuentro de Latinoamericanistas españoles*, 1997, Universidad Complutense de Madrid, www.ucm.es/info/ceca/encuentr/areas/pensamie/1pe/vaquero
30. Para este tema *ibid.* Arturo Roig, *Los krausistas argentinos*, Puebla, Cajica, 1969.

de La Plata, capital de la provincia de Buenos Aires, como Joaquín V. González, Agustín Álvarez, Carlos Vergara, José Ingenieros «compartían con sus colegas españoles la creencia en que, sería a través de la cultura, como podría lograrse una transformación profunda de la sociedad, las palabras "obra cultural" y "obra regeneradora" aparecen usadas en forma sinónima en los escritos de sociólogos españoles y argentinos de ese período»[31].

Altamira fijó desde el inicio de su estadía en la Argentina su posición americanista: «Contribuir al desenvolvimiento de la Argentina y de sus hermanas de América sin ninguna misión de patrioterismo estrecho». El historiador alicantino ejemplificó su pensamiento americanista en la estrategia que desplegó durante su visita a la Argentina: invitado por el presidente de la Universidad de La Plata Joaquín V. González y extendió su campo de acción a las élites, la clase obrera, el periodismo, los diplomáticos y emigrantes españoles residentes en Argentina.

González, en el discurso de recepción en la Universidad de la Plata, resaltó la llegada del catedrático español, portador de un alma común, como un acto de cooperación con la ciencia europea, más precisamente española, en el campo de las ciencias históricas. El presidente enunció con precisión los objetivos de la visita de Altamira: un curso de método histórico. Justificaba la necesidad del mismo en lo que podríamos llamar un «estado de la cuestión» de dicha ciencia en la Argentina, y un balance de la enseñanza de la historia en la universidad argentina. El discurso fue también programático en lo relativo a los ideales que el grupo liberal proponía implementar en su ideario político.

El curso, definía González, era «para nuestros países la iniciación de una nueva era en el estudio y conocimiento de si mismos». Esta inquietud latía en la invitación a Altamira, el objetivo era «concebir ideales nacionales más altos y extensos, y afirmar sobre bases más permanentes su evolución institucional». Ello representaba un programa político que González compartía con sus compañeros de ruta.

La historia en la universidad había sido concebida, hasta ese momento, como una ciencia auxiliar, el propósito era que ella fuese: «auxiliar de la moral en el ciclo primario...génesis de patriotismo y de civismo en el secundario». En la Universidad su influencia debía sentirse como «fuerza generadora de naciones», es decir el orador le asignaba un rol instrumental. Esta tarea reclamaba la necesidad de un método que permitiría el desarrollo de esa ciencia, que González consideraba aún en germen en la universidad argentina.

31. Eduardo Ortiz, «Las relaciones científicas entre Argentina y España a principios de este siglo», en J.M. Sánchez Ron, ed., *La Junta de Ampliación de Estudios*, Madrid, Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, 2010, p. 127.

El rector de la Universidad de la Plata pasó revista, en su discurso, a los padres fundadores de la historia argentina: Mitre y López, quienes encarnaron «dos modalidades, dos tendencias», pero había llegado el tiempo de complementar, desarrollar, construir nuevos estudios monográficos y lograr una visión integral del pasado histórico argentino.

La Universidad de la Plata, se encontraba a la vanguardia de ese proceso, en palabras de González: «Hemos adoptado la vía experimental para toda enseñanza». A ello respondía la invitación a Altamira, para que contribuyese a forjar un «laboratorio» donde se implementase el espíritu de investigación, «para abrir una senda» en el campo de la ciencia histórica en la cual el conferenciante había dado muestras de profesionalismo.

La tarea era enfocada como «un deber nacional y una misión de humana cultura». Latía en estas palabras la problemática política de su generación, el clima intelectual imperante en la Argentina de comienzos de siglo, tanto de reforma social y política como de regeneración moral.

González no ignoraba que este programa no podía cumplirse en un estrecho margen de tiempo, pero ello no era obstáculo para que la invitación se convirtiera en piedra angular de una visión académica de la universidad.

La relación con España no podía estar ausente en el discurso del Presidente de la universidad, la relación con la ciencia universitaria española fue ocasión para exaltar el legado multisecular español del que nacía una «ciencia nueva» de la que Altamira era digno representante y cultor[32].

Altamira respondió, con la modestia que lo caracterizaba, agradeciendo la acogida de que era objeto, y al mismo tiempo puntualizando que su visita respondía a una iniciativa de la Universidad de Oviedo y a su rector Fermín Canela, destacando la labor de su rector.

En su discurso fijó los objetivos del viaje. En primer lugar el intercambio de profesores. Para ello la solidaridad de la lengua y de pensamiento se convertía en fundante de la relación. Pero también el reclamo se sostenía en la inmigración española que había acudido a nuestras playas. En este aspecto Altamira contaba con un currículum abundante. Desde las páginas de la revista *España*, órgano de la Asociación Patriótica Española, había reclamado ayudar a que las colonias de emigrantes colaboraran en la obra de la «regeneración patria» dando a conocer «la España actual para deshacer las prevenciones que contra ella se tienen y disipar ignorancias»[33].

32. «Discurso del Sr. Presidente de la Universidad Dr. D. Joaquín V. González», en Rafael Altamira, *Mi viaje a América*, Oviedo, Universidad de Oviedo, 2007, pp. 55-59.

33. Hebe C. Pelosi, *Rafael Altamira y la Argentina*, Alicante, Universidad de Alicante, 2005, en el libro se analizan los artículos de Altamira en la revista *España*.

En segundo lugar especificó una de las claves que vertebraba su pensamiento historiográfico: «La historia no es obra de patriotería nacionalista». Uno de sus objetivos había sido disipar los prejuicios, las falsas imágenes que se difundían sobre la historia de España y por otro rectificar dichos errores, reconocer el valor sustancial que aportaba la historia, el reconocimiento que todo pueblo tenía respecto de la obra realizada por las generaciones anteriores.

Para lograr estos objetivos el profesor español proponía el intercambio de profesores, alumnos y estudiosos de un lado y otro del Atlántico, «hace falta la impresión personal», un vinculo personal y humano. De allí que evitó visitar nuestro país en 1910, en que los festejos por el *Centenario* podían disipar el «tono familiar y sencillo de nuestra comunicación intelectual» [34]

Al terminar Altamira su labor docente en la Universidad Nacional de La Plata le fue concedido el grado de Doctor *Honoris Causa* en Ciencias Jurídicas y Sociales otorgado por Consejo Superior de la Universidad. El historiador español respondió agradeciendo los honores personales recibidos y analizando los logros alcanzados. En su opinión se habían alcanzado los fines propuestos, es decir «el reconocimiento de un fondo común de ideal entre la Universidad de La Plata y la ovetense». Ambas universidades participaban del ideario educativo que animaba el espíritu gineriano que el «grupo» de Oviedo intentaba practicar en sus cátedras.

Pero además de la comunidad de aspiraciones en la enseñanza, se alcanzó lo que para Altamira era una de las claves de bóveda de su viaje y de su labor de investigación: la transmisión del estado, en ese entonces, de la vida intelectual española, del nivel científico que iba adquiriendo España, es decir aventar las falsas imágenes y los prejuicios del «atraso» de España, la imagen que la mentalidad española vivía cien años atrás. «Eso lo creo conseguido» afirmaba Altamira. La consecuencia práctica de esta nueva imagen era el intercambio de profesores ya establecido y, en un futuro no lejano, de estudiantes. Estos objetivos fueron recepcionados no sólo por su venida, sino que ella caló en un ambiente preparado para recibir estas innovaciones. Remató sus consideraciones el profesor de Oviedo al afirmar «sabíamos cuán hispanófilo es el Dr. González, cuyo amor al viejo solar tan persistentes muestras de vida ha dado y cuyo empeño por traer aquí, a su Universidad, profesores españoles en visita más o menos larga, se había insinuado en muchas ocasiones».

Altamira dejó en claro que su visita había sido de enseñanza, que no se distrajo en otros temas, ni entró en componendas políticas. La aclaración suscita

34. «Discurso del profesor D. Rafael Altamira», *op.cit.*,, R. Altamira, pp. 64-67.

interrogantes que Gustavo Prado[35] analiza en profundidad y en los que no podemos detenernos.

El profesor de Oviedo se adentró en los planes y programas de la enseñanza de la historia en los diferentes niveles de la enseñanza, visitó museos, institutos y de todo ello surgieron afirmaciones concluyentes sobre cómo debía encararse dicha enseñanza en el país donde dictaba sus conferencias.

El historiador argentino, en su opinión, debía dedicarse a hacer «su historia mucho más que la de cualquier otro pueblo», el fundamento respondía a que era la historia de su patria, no debía perder el tiempo en estudios de investigación de historia clásica, moderna, etc., y la que no esté inmediatamente enlazada con la suya. Ella comprendía también a la española por que «la historia de la época colonial es tan historia argentina como historia española»[36], la íntima conexión entre una y otra la hacía imprescindible.

Altamira señaló cuáles eran los pasos que debía seguir el investigador argentino para hacer progresar la ciencia histórica en su país. Para ello se refirió a la bibliografía, clasificación de archivos, creación de Juntas de Historia provinciales, museos, incursionó también en el material necesario para la enseñanza de la historia. Su opinión en este aspecto fue terminante: «No existe material para estudios especiales para el historiador argentino». De allí las recomendaciones para que éste fuese implementado. Todo ello respondía, en Altamira, a la necesidad de una «enseñanza patriótica», aspecto medular de su programa historiográfico y de su proyecto de regeneración nacional, en razón de su orientación krausista[37].

En una explicitación mayor, Altamira abordó también el «Plan» de estudios de la disciplina histórica en la universidad. El acento estuvo puesto en los aspectos americanos referentes a la arqueología, la etnografía, la lingüística del continente. El orador se ocupó de la historia argentina a la que consideraba «excesivamente política», consideró que «si quiere organizarse bien la enseñanza de la historia...es preciso cambiar el plan, radicalmente, empezando por las escuelas primarias». Debía abandonarse el detalle para ahondar cada vez más en «la historia Americana y la historia Nacional, desde el punto de vista propiamente de la Historia de la Civilización»[38]. En los manuales que había examinado comprobó que, existía poco espacio para este último aspecto que, en su opinión, era relevante. El profesor de la universidad ovetense ilustró sus clases con ejemplos de

35. Gustavo Prado, *Rafael Altamira en América (1909-1910). Historia e Historiografía del proyecto americanista de la Universidad de Oviedo,* Madrid, CSIC, 2008.
36. Instituto de Enseñanza Secundaria Jorge Juan, Alicante / Legado Altamira, 6ª conferencia.
37. El tema lo hemos analizado ampliamente en «La renovación histórica a través de Rafael Altamira», *España y América, 1492-1992,* Actas del Congreso del Departamento de Historia, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Católica Argentina, agosto 1992, pp. 495-518.
38. *op.cit.*, 9ª Conferencia.

enseñanza basados en instituciones españolas como el Museo Pedagógico y la Institución Libre de Enseñanza.

Al regresar de América, Altamira asumió, poco tiempo después, la cátedra de Historia de las Instituciones Políticas y Civiles de América, en las Facultades de Derecho y Filosofía y Letras de la Universidad de Madrid, en la que permanecerá hasta su jubilación en 1936. En 1914 le será encomendada la cátedra de «Historia política Contemporánea de América» en el Instituto Diplomático y Consular. También dirigió un «Seminario de Historia de América y Contemporáneo de España» en el Centro de Estudios Históricos dependiente de la Junta de Ampliación de Estudios.

Altamira desarrolló temas sobre historiadores argentinos: Rodolfo Rivarola, Roberto Levillier, José Ingenieros, Domingo Sarmiento, Juan Bautista Alberdi abordados a través de fuentes. Su aspiración era que «establezcamos una comunicación continua e intensa entre el núcleo español de investigadores y los que se han formado ya en las Naciones Hispanoamericanas. De ellos he hablado con algunos de mis colegas de la Universidad de Buenos Aires»[39].

La cátedra en la Universidad de Madrid fue dotada por Altamira de una biblioteca especializada en colecciones de documentos, revistas y publicaciones americanas, estas últimas resultado de los contactos realizados durante su viaje americanista[40]. Los alumnos tenían obligación de realizar trabajos en sus cátedras, algunos de los cuales se convirtieron en tesis doctorales. Ejemplo de uno de ellos fue el de Ots Capdequi. Para la bibliografía de la cátedra contó con la ayuda del «buen patriota español residente en la Argentina, Sr. Bustos».

En el americanismo de Altamira debemos mencionar el aporte que realiza en el campo del Derecho Indiano. La inquietud intelectual central fue el cultivo de la historia del Derecho Indiano, el empeño por desplegar una labor de investigación propia y para que esta se continuara en la formación de discípulos. Contribuyó como el que más a la renovación y desenvolvimiento de los estudios de historia del derecho en dimensión continental. El viaje que realizó por América lo convenció en la necesidad de estrechar relaciones con esas naciones y en el estudio del derecho histórico indiano.

El *Análisis de la recopilación de las leyes de Indias de 1680* constituyó el punto de partida de la vasta serie de estudios sobre las fuentes de conocimiento de derecho indiano. El historiador oventese figuraba entre aquellos que insistían

39. En el Archivo Altamira de la Residencia de Estudiantes figura el temario del curso 1921-1922 que Altamira dictó en dicha cátedra sobre la república Argentina, 13/23, la documentación muestra un amplio e idóneo conocimiento de la materia.

40. R. Altamira, *La política de España en América*, Valencia, Edeta, 1921, pp. 186-187, «Trece años de labor docente americanista», *Revista de las Españas*, 5 (1927).

en la correspondencia historiador-archivo. En *Cuestiones de historia del derecho y legislación comparada* se quejaba de «la imposibilidad de construir la historia "integral" del derecho por la falta de ediciones amplísimas»[41].

En su cátedra de Historia de las Instituciones políticas y civiles de América, mantuvo contacto con la investigación indiana. Como afirma Mariano Peset hasta ese momento en la historiografía de historia del Derecho apenas se aludía a la legislación que se había dado directa para los territorios coloniales de la España absolutista. Hasta él apenas aparece en los libros de historia jurídica.

Los cursos generales y monográficos dictados a lo largo de veinte años le permitieron, durante el exilio, trazar un vasto plan para estudiar las fuentes del derecho indiano, buscaba completar su obra en historia del Derecho Indiano. La correspondencia con Ricardo Levene permite, por un lado reconstruir trazos de este itinerario y por otro lado Mariano Peset sistematiza el proyecto y las publicaciones que alcanzó[42]. Sorprende la rigurosidad y el ánimo con que encaraba el trabajo. Sus discípulos Silvio Zabala y Javier Malagón nos transmiten estampas de este trabajo[43].

Este último resume la contribución de Altamira al americanismo: «Gran parte del acercamiento de España al Nuevo Mundo y de América a la vieja Península ha sido obra de don Rafael, directamente o por medio de sus discípulos o de los discípulos de estos. Él ha hecho en este sentido más que los diplomáticos hispánicos de uno y otro lado del Atlántico... Al español le hizo comprender y amar a América, al americano le ha hecho sentir sus raíces hispánicas y respetar y querer a España como un pueblo más en la cultura e historia común de ambos mundos. Esta fue sin duda la mayor y mejor lección que en la Cátedra de las Instituciones Civiles y Políticas de América regenteada por Rafael Altamira aprendieron sus discípulos peninsulares, americanos y oceánicos».

41. Mariano y José Luís Peset, «Vicens Vives y la historiografía del derecho en España», *Ius comune*, 6 (1977), p. 249.
42. Mariano Peset, «Rafael Altamira en México: el final de un historiador», en Armando Alberola (ed.), *Estudios sobre Rafael Altamira*, Alicante, Diputación Provincial de Alicante y Caja de Ahorros Provincial de Alicante, 1987, pp. 251-274.
43. Javier Malagón y Silvio Zavala, *Rafael Altamira y Crevea. El historiador y el hombre*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Jurídicas, 1986.

APÉNDICE

JALONES EN LA VISIÓN AMERICANISTA DE RAFAEL ALTAMIRA

- Participación en el Congreso en conmemoración del IV Centenario del Descubrimiento de América, 1892, «Mi bautismo americanista».
- Congreso Pedagógico hispano-portugués-americanista, 1892.
- Director de la Revista Crítica de Historia y Literatura españolas, portuguesas y Latinoamericanas, 1895-1910.
- Artículos en la revista España, Buenos Aires, 75 artículos: 1904-1908.
- Discurso del curso de apertura del año académico de la Universidad de Oviedo, «Universidad y patriotismo», 1898.
- Participación en el Congreso Económico y Social Hispanoamericano, Madrid, 1900.
- Proyecto de creación de la «Universidad Hispanoamericana», 1905.
- Viaje a América: Argentina, Uruguay, Chile, Perú, Méjico, Cuba, 1909-1910.
- Medidas propuestas al Rey, a su regreso del viaje a América para acrecentar el intercambio con el continente americano, 1910.
- Propuesta de creación: Centro Cultural Hispanoamericano, 1910.
- Profesor de Historia de las Instituciones Políticas y Civiles de América, Facultades de Derecho y Filosofía y Letras, Universidad de Madrid, 1914-1936.
- Instituto Ibérico Americano de Derecho Comparado: Presidente, 1919.
- Proyecto de creación del «Colegio Mayor Hispanoamericano», 1920.